BV4520
R3

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

LA PROFANACION DEL TEMPLO.

Por poco que el cristiano fije su atención en los asuntos que son la esencia de sus verdaderos intereses, y que están de la manera más firme vinculados á sus ineludibles obligaciones, no puede menos que sentir la acción directa, constante y decisiva que sobre él ejerce ese lazo de unión que lo liga con su Creador y que constituye la Religión.

Localizamos en el cristiano esta verdad, que pudiéramos, con la misma convicción y con el mismo fundamento, generalizar á todos los hombres, porque solamente el cristiano poseé la Religión, llamada comunmente verdadera, y que con más propiedad debe llamarse única, porque todos los demás simulacros de Religión, llamados falsas religiones, están

004560

muy lejos de serlo, pues no constituyen ni pueden constituir aquel lazo.

La Religión es en el ser humano una necesidad; y la mayor, y la primera, y la más imperiosa de todas las necesidades: necesidad que apareció y se hizo sentir en el mundo desde el momento en que hubo en él un hombre. Y Dios, que impuso á su criatura esta necesidad, le señaló los medios de satisfacerla.

Le dió la necesidad que tiene su origen en el hambre, y extendió delante de sus ojos una variedad inmensa de árboles cargados de frutos.[1]

Le dió la necesidad que tiene su origen en la sed, é hizo brotar de los manantiales y correr por los arroyos, las aguas en abundancia.[2]

Le dió la necesidad de dirigirse á El; de comunicarse con El; de tributarle su culto; de rendirle sus homenajes; de ofrecerle sus sacrificios; de elevarle su plegaria y de consagrarle su adoración, y le mandó construir un templo.

«A mí me haréis—dijo á los Israelitas

1 Gen. II, 16.
2 Ib. 6, II, 13 y 14.

—un altar de tierra, y sobre él ofreceréis vuestros holocaustos y hostias pacíficas. . . en todo lugar consagrado á la memoria de mi Nombre, allí iré Yo y os daré mi bendición.»[1]

«Iréis al lugar que Dios vuestro Señor escogiere—dice en otra parte—para colocar en él su Tabernáculo y poner en él su morada. Y sacrificarás víctimas pascuales al Señor Dios tuyo, en el lugar que El mismo hubiere escogido para establecer allí el culto de su nombre.»[2]

«Un hijo tuyo—dijo el Señor á David por boca del Profeta Natham—edificará un templo en que será adorado mi Nombre, y yo afirmaré su regio trono para siempre.»[3]

Salomón realizó esta promesa, construyendo el templo de Jerusalén, verdadera maravilla en el mundo, de la que dijo el Señor: «En esta Casa habitaré en medio de los hijos de Israel y no desampararé nunca á mi pueblo.»[4]

1 Ex. XX, 24.
2 Deut. XII. 5 y XVI, 2.
3 2 Reyes VII, 12 y 13 y 3 Ib. V, 5.
4 3 Reyes VI, 12 y 13.

A este templo, profanado por Achaz[1] y restaurado por Ezechías;[2] vuelto á profanar por Manassés, quien lo purificó después, arrepentido;[3] quemado por Nabuzardán,[4] y reedificado por Ciro;[5] saqueado por Antioco Epifanes,[6] y purificado, reconstruído y dedicado por Judas Macabeo;[7] envilecido por el Senador Filipo, quien lo destinó al culto de Júpiter[8] y vuelto á purificar por Judas Macabeo;[9] á este templo entró el Hombre Dios entre las entusiastas aclamaciones de un pueblo hasta entonces creyente, fiel y agradecido; y con el ejemplo dió una lección práctica en toda su vida mortal, que nunca podrá perderse, por más que en los inmoderados avances de la impiedad y de la corrupción, haya llegado á despreciarse: lección sobre la que venimos á llamar hoy la atención de nuestros católicos lectores, tocando á las

1 2 Paral. XXVIII, 21
2 Ib. XXIX. 3.
3 Ib. XXXIII. 7, 15 y 16.
4 4 Reyes XXV, 9.
5 Esd. I, 3.
6 1 Mac. I. 23, 24, 49, 57, 59 y 60
7 1 Mac. IV, 36 y sig.
8 2 Mac. VI, 2, 4 y 5.
9 Ib X, 1, 2 y 9.

puertas de su memoria con el aldabón de su importancia.

«Jesús—dice el Evangelista—subió á Jerusalén; y encontrando en el templo gentes que vendían bueyes, y ovejas, y palomas; y cambistas sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas, como un azote, los echó á todos del Templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas.»[1]

Por este brevísimo relato, se ve que el que así obraba, estaba poseído de una grande indignación, que no se revelaba solamente en sus palabras; sino que se hacía sensible de la manera más clara, más enérgica y violenta, en sus acciones y en los efectos producidos.

¿Y quién es este hombre cuyo semblante se altera; que levanta la voz; que azota sin compasión; que derriba las mesas; que hace rodar el dinero que sobre ellas estaba y que por expresarnos así, introduce, con la severidad de su castigo, la confusión, el espanto y el desorden?

1 San Juan, II, 14 y 15.

Es Aquél de quien cinco siglos antes dijo el Profeta: «hé aquí que viene tu Rey; el justo, el Salvador. El viene pobre y montado en una asna y su pollino.» [1]

El mismo de quien dos siglos antes que Zacarías, dijo el primero de los Profetas Mayores: «El crecerá como una humilde planta. . . . nada hay en él que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atención. . . .vímosle despreciado, y el desecho de los hombres. . . . . varón de dolores. . . su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado. . . .» [2]

El mismo que dijo por el Salmista: «Yo soy un gusano y no un hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe.» [3] Y el que ya en su vida mortal, en su tránsito por el mundo, «Aprended de mí—dijo—que soy manso y humilde de corazón.» [4]

El mismo á quien pocos días después van á contemplar el Cielo y la Tierra; los contemporáneos y la posteridad; el mundo y la Historia, lavando los pies de sus

1 Zac. IX, 9.
2 Is. LIII, 2 y 3.
3 Ps. XXI, 7.
4 S. Mat. XI, 29.

discípulos; reduciéndose á un bocado de pan, para dárseles como alimento; cambiar el beso del saludo al traidor que lo vendía, llamándole amigo; entregarse á sus aprehensores, sometiéndose á todo género de ultrajes; pasar de tribunal á tribunal sujetándose á otros tantos jueces, incompetentes unos, apasionados otros, inicuos algunos, cobardes los más y malvados todos; sufrir una sangrienta bofetada en el salón de un personaje; innumerables insultos entre la servidumbre de un Pontífice; humillantes burlas de un reyezuelo prostituído; ser flagelado como esclavo; juzgado como malhechor; atormentado como varón de dolores; crucificado como criminal. . . . El mismo, en fin, que en una historia cuyo prólogo fué un pesebre entre dos animales, y su epílogo una cruz entre dos malhechores, no es la historia de un hombre manso y humilde; sino la historia de la misma mansedumbre y de la misma humildad.

¿Cuál es, pues, la explicación de este hecho, que parece una nota discordante en ese conjunto armonioso y apaci-

ble de mansedumbre, de humildad, de paciencia, de dulzura y de todas las cualidades que en la humildad tienen su origen?

La explicación salta á la vista, desprendiéndose de las diferencias que distinguen este caso de todos los señalados, y de todos los demás que pudieran señalarse: pues todos ellos se refieren á su persona, y éste se refiere al Templo, á su Casa, á la Casa de Oración, convertida por los miserables que la profanaban, en cueva de ladrones. [1]

Basta fijar la atención, aunque sea muy ligeramente, en la entrada del Salvador á Jerusalén, para descubrir, entre los misterios que se ocultan en éste, como en todos los pasos de su vida, esta explicación, con las diferencias en que se funda.

Jesucristo entra en esta ocasión á Jerusalén con un grande objeto; un objeto determinado de antemano; un objeto, que es nada menos que el de su venida al mundo: la Redención del mundo.

1 S. Mat. XXI, 13.—S. Marc. XI, 17.—S. Luc. XIX, 46.

No entra á pie, como lo ha hecho siempre: pues estando ya cerca, al pie del Monte de los Olivos, teniendo á la vista la aldea de Bethphage, envió á dos de sus discípulos para que le llevaran una asna que encontrarían atada, teniendo cerca su pollino. Montado en ella, entró á la ciudad entre las entusiastas aclamaciones de regocijo del pueblo. [1]

En esta entrada, que hizo por la Puerta Aurea, [2] se presentó como Salvador; cumplió las profecías, y pareció decir YA, á sus numerosos perseguidores, á quienes tantas veces había dicho: TODAVIA NO.

Con su carácter de Salvador, debía dar gloria á su Padre, y para esto, casi pasó inadvertidos, por explicarnos así, tantos crímenes que estaban allí acumulados.

La soberbia de los Doctores; la malicia de los Escribas; la hipocresía de los Fariseos; la perversidad de los Ancianos; la corrupción de los Sacerdotes . . . y tantos otros pecados, que con todos los

1 S. Mat. XXI, 1 á 11.
2 Ollivier.—La Pasión.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

del mundo, había tomado sobre sí, sin mancharse con su contacto, para inmolarse por ellos; para satisfacer por ellos; para derramar su Sangre por ellos, y para alcanzarles el perdón.

Pero sabía que el templo se estaba profanando, y acto continuo se dirigió á él, deslumbrando con su majestad; aterrorizando con su indignación; castigando con su poder y expulsando con un azote á los profanadores, que poseídos de espanto, huyeron en precipitada confusión, sin atreverse á oponer ni la menor resistencia.

Si por los efectos se puede venir en conocimiento de las causas, no es posible poner en duda cuán grave es la ofensa á Dios que envuelve la profanación de su templo, puesto que el tipo más perfecto de la mansedumbre y la paciencia, tomó para castigarla, una actitud tan amenazadora y terrible.

Y ¿qué es el templo judío, comparado con el templo cristiano?

Lo que la sombra es al cuerpo que la produce; lo que la imagen al objeto que

la refleja; lo que la figura á la realidad que simboliza.

En el templo judío estaba «el arca del testamento del Señor;»[1] en el templo cristiano está el Sagrario en que reside el Señor del verdadero, del nuevo y eterno testamento:[2] en el arca estaban las tablas de la ley;[3] en el Sagrario está el legislador que la formó: en aquel templo estaban los panes de la proposición, que se renovaban todos los sábados:[4] en éste está el Pan vivo bajado del cielo,[5] que se renueva todas las semanas: en el templo de los judíos estaba el candelero de oro:[6] en nuestro templo está la luz:[7] en aquel estaba la Presencia Intelectual de Dios; y en éste su Presencia Real; esto es, está Dios tan real y verdaderamente como está en el Cielo.

Y así como en el Cielo, Dios, representado por el Cordero que sobre el Monte

1 3 Reyes VI, 19.
2 S. Mat. XXVI, 28. S. Marc. XIV, 24.
3 3 Reyes VIII, 9. Ex. XXV, 16 y 21.
4 Ex. XXV, 30. Lev. XXIV, 5, 6 y 8.
5 S. Juan VI, 51.
6 Ex. XXV, 31 á 40.
7 S. Juan I, 9—III, 19—VIII, 12—IX, 5—XII, 35 y 46. S. Mat. IV, 16.—S. Luc. II, 32.—1 S. Juan II, 8—Ap. XXI, 23.

Sión vió el Apóstol del amor en su visión profética, estaba adorado por ángeles y ancianos vestidos de blanco y animales misteriosos que se postraban con espíritu de humildad y abatimiento; y por vírgenes que lo seguían por todas partes, [1] así en el templo católico debe ser adorado por los verdaderos fieles, como lo hace notar con tanto acierto el ilustre Obispo de Clermont, con tres disposiciones en que se encierran todos los pensamientos de fe, que deben envolver el espíritu en este lugar santo: una disposición de decencia y de modestia exterior: una disposición de abatimiento interior y de humildad: una disposición de pureza y de inocencia.

¿Y nos será lícito preguntar ahora, si son estas disposiciones las que llevamos al templo?

Creemos que la misión que nos impone y el deber á que nos obliga el lugar que, aunque sin merecerlo, se nos ha asignado en el Apostolado de la Prensa, nos da el derecho, y lo que es más, nos

1 Ap. VII, 9 y 11; y XIV, 5.

impone la obligación de hacer esta pregunta.

Lo que sí podemos asegurar, sin la más ligera sombra de duda, es que en un día terrible; en un juicio inapelable; en un instante solemne, que para muchos de nuestros lectores está ya muy cercano, el tremendo Juez, desde el Tribunal de su justicia y sobre las nubes de su majestad, fulminará esta aterradora pregunta, que para no pocos, y acaso para los más, será el preludio de una sentencia de eterna condenación.

Nosotros, desde el rincón de nuestro retraimiento y al amparo de nuestra intención, la lanzamos con toda la fuerza que es capaz de imprimirle el impulso de su importancia; no como el proyectil que ha de hacer explosión en el centro de una plaza pública, en la que no se puede conocer previamente la naturaleza de sus estragos; sino como el dardo que directamente y con la puntería calculada, está destinado á herir LA CONCIENCIA DE LA MUJER CRISTIANA.

¡De la mujer cristiana! ¡De la mujer piadosa! ¡De la mujer dedicada á la pie-

dad! De la mujer que frecuenta el templo y tal vez los Sacramentos.

Hacemos esta pregunta, pero no exigimos la respuesta.

No la exigimos, porque no debe pasar de la conciencia, en que se tienen que reproducir los ecos de esta pavorosa pregunta; de la conciencia donde debe estallar para producir sus efectos; de la conciencia de donde no debe salir, sino cuando á los pies del confesor, en el tribunal del perdón, que siempre se otorga al que sinceramente lo pide, la ponga en los labios el arrepentimiento.

No la exigimos, porque somos hermanos y no jueces.

No la exigimos, porque no la necesitamos: la conocemos muy profundamente, porque con no poca frecuencia se nos pone delante de los ojos; y para extenderla á la vista de nuestros lectores, nos bastará dejar la pluma y tomar el pincel; retirar el papel y poner en su lugar el lienzo; alejarnos de nuestro escritorio para acercarnos al templo, y copiar allí del natural lo que pasa cerca de sus mu-

ros, en sus puertas, y sobre todo, en su recinto.

La inmodestia, la altivez y la malicia, son las disposiciones que acompañan al templo, especialmente en ciertas solemnidades, á la mujer cristiana (sic) que más bien debería llamarse mujer de mundo, que tal vez el día anterior riñó á su modista porque demoraba la remisión del traje, exponiéndola á *quedarse sin ir á la función;* y tal vez en la mañana . . . ¡qué horror! . . . . no nos atrevemos á decir lo que pasó en la Mesa Eucarística.

El lujo en la *toilette,* como ahora se dice, parece querer ofuscar el místico adorno del templo, las más veces sencillo: la riqueza en los trajes y en las joyas, eclipsa, aunque no lo parezca, los paramentos y decorado del altar, casi siempre pobre: la profusión de los adornos y la elegancia de los vestidos, atraen sin cesar, sobre la infortunada que los lleva, las miradas, y la atención, y los pensamientos, y . . . . de tantos ojos, y tantos espíritus, y tantos corazones, que en ese lugar por lo menos, deberían estar fijos en Dios.

Asistamos por unos instantes siquiera, á una de esas solemnidades, que no vacilamos en afirmar que están caracterizadas por las abominaciones, en que Dios recibe tantas ofensas y en que los invitados fieles, se van, es verdad, á asociar al Sacrificio del Calvario que se renueva en el altar; pero no con la Augusta Víctima, sino con los desapiadados verdugos.

Una Comisión de caballeros, vestidos con la severa elegancia propia del lugar, cruza sin cesar el templo de uno á otro lado, como pudiera hacerse en un salón: y sus cristianos miembros, agrupados en la puerta de entrada, esperan, en familiar conversación, la llegada de las señoras, á quienes con exquisita finura y caballeroso comedimiento, ofrecen el brazo (lo que no debe hacerse en el templo) y las acompañan hasta su asiento, cambiando con ellas las frases dictadas por la cortesía.

Ellas se arrodillan por unos brevísimos instantes; se pasan por el rostro la mano cubierta por el guante, haciendo una señal que no es la de la cruz; ocu-

pan el asiento que les ha preparado el descanso en el lugar destinado á la oración; y arreglándose el vestido, y cambiando miradas, y devolviendo saludos, y hablando con las que están cerca, y sonriendo con las que no lo están, abren su vistoso devocionario, por el que casi no pasan la vista, pues no lo han llevado para usarlo, sino para lucirlo.

Así se preparan para el Sacrificio de la Cruz y así asisten á él: y participando, quizá por el fervor de su meditación, del calor que sufrió el Redentor en su Pasión, por la fuerza del sol de mediodía, por la agitación de la marcha, por el ardor de las heridas, por la intensidad de la sed, por la muchedumbre del gentío y por tantas otras causas de la misma naturaleza, llegan á sentirlo insoportable, y se esmeran en atenuarlo con sus vistosos abanicos.

Los pocos segundos que dura la elevación, son mucho tiempo para su debilidad que no les permite estar derodillas; y aún no desaparecen las vibraciones de la campanilla, cuando ya abandonaron esa incómoda y anormal postura y

vuelto á ocupar sus cómodos asientos.

¡Ay! cuando recordamos que los hijos del Sumo Sacerdote fueron consumidos por el fuego del cielo, solamente porque tomando los incensarios para quemar incienso al Señor, pusieron en él un fuego extraño al fuego sagrado, lo cual estaba prohibido,[1] no podemos menos que temblar ante el castigo que está reservado á estas infelices, que no sólo introducen al templo fuego extraño, fuego profano, sino también fuego criminal: pues llevan consigo en sus vestidos y en sus adornos; en sus perfumes y en sus afeites; en su irreverencia y en sus modales, el fuego de la vanidad; el fuego de la soberbia; el fuego del amor propio; el fuego del sensualismo; el fuego de la concupiscencia; el fuego del escándalo.

¡Ay! entre las armonías de la música; entre las vibraciones de los cantos; entre el murmullo de la multitud, se escucha esa terrible voz con que el Señor muestra el desagrado con que recibe las ofensas de estos homenajes.

1 Lev. X, 1 y 2.

«¡Ay de la nación pecadora! ¿De qué me sirven á mí vuestras ofrendas? Ya me tienen fastidiado. Cuando os presentáis ante mi acatamiento, quién os ha mandado traer semejantes dones en vuestras manos, para pasearos por mis atrios? No me ofrezcáis ya más sacrificios inútilmente, pues abomino vuestro incienso. Vuestras solemnidades me son enojosas; las tengo aborrecidas y estoy cansado de aguantarlas.»

«Porque este pueblo me honra sólo con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí.»[1] Palabras terribilísimas, que sin duda les aplica Jesucristo, como se las aplicó en Jerusalén á los Escribas y Fariseos, á quienes llamó hipócritas, que cuidando sólo de las prácticas exteriores se desentendían por completo del sacrificio del corazón.

¿Y dónde está el sacrificio del corazón que llevan al Sacrificio del Altar, no diremos los asistentes al templo, sino los profanadores del templo, donde lo mismo que en el paseo y en la tertulia, en

1 Is. I, 4—II, 12, 13 y 14—XXIX, 13.

el baile y en el espectáculo, en la disipación y en el escándalo, halagan su vista y sus oídos; sus sentidos y su imaginación; su vanidad y su amor propio; sus pasiones y sus vicios; su sensualismo y su concupiscencia?

¡Ah, sí, ya lo sabemos! Estos infortunados infieles, á quienes valdría más no haber nacido,[1] llevan el sacrificio de su corazón, porque su corazón está funesta, dolorosa y completamente sacrificado; pero no en el ara bendita del deber cristiano, sino en la piedra de las abominaciones del mundo: ese enemigo irreconciliable de las almas, que con tanta constancia, con tanta osadía y con tanto éxito, se las disputa á Jesucristo.

¡Ay de los profanadores del templo! diremos para terminar: mas para que este gemido del corazón vaya acompañado de un sentimiento de esperanza, les diremos con el Profeta: «lavaos, purificaos, arrepentíos; que aunque vuestros pecados os hayan puesto rojos como la

1 S. Mat. XXVI, 24.—S. Marc. XIV, 21.

grana, vuestras almas quedarán más blancas que la nieve.»[1]

Estas solas palabras dejan comprender que el sentimiento que las dicta, y la idea que las concibe, y la voz que las formula, tienen su origen en la misericordia: ellas retiran la amenaza; ellas hacen desaparecer el castigo; ellas disipan los temores; ellas vigorizan las esperanzas; ellas restituyen la paz; ellas garantizan el perdón.

Para conseguirlo, allí tenéis la oración, allí tenéis la penitencia, allí tenéis la misericordia, allí tenéis las lágrimas, allí tenéis la Eucaristía, allí están vuestros recursos, allí está vuestra salvación, allí está el templo.

S. R.

1 Is. I, 16 y 18

004560